



El fuego de la abyección

María Alma Moran

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (CTCL)

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS- CONICET-UNLP)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Fahce)

Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

mariaalmamoran@hotmail.com

Resumen

Se analiza el lugar de los libros en *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, teniendo en cuenta la noción de lo abyecto desarrollada por Julia Kristeva en *Poderes de la perversión*. Se piensa en el libro como elemento constitutivo de la sociedad y el sujeto, y en cómo a través de una sociedad totalitaria se impone incendiarlo, expulsarlo, haciéndolo ocupar la zona de lo que perturba la identidad, el sistema, el orden. Los libros se convierten en depositarios de lo abyecto, son considerados como la alteridad, aquel objeto "otro" surgido del individuo, que debe ser eyectado para poder constituir sujetos manipulables y fácilmente controlables.

Palabras claves: Fahrenheit 451- Bradbury- libros- abyección- alteridad.

“Más importante que las palabras es lo que está detrás de las palabras, o lo que se dice por medio de las palabras o, quizás, a través de las palabras.”

Jorge Luis Borges. La metáfora

“Tenemos el arte para que la verdad no nos mate. Para nosotros el mundo es demasiado. Después de cuarenta días el Diluvio sigue. (...)¿Y entonces? Encuentra el Arte. Toma el pincel. Aviva el paso. Mueve las piernas. Baila. Prueba el poema. Escribe teatro. Más hace Milton que Dios, aun borracho, para justificar los modos del Hombre con el Hombre. Y el divagante Melville se toma en serio la tarea de encontrar la máscara bajo la máscara”.

Ray Bradbury. Zen en el arte de escribir.

Algunas posibles razones para la tristeza del pensamiento

A la existencia humana se le ha atribuido en distintas oportunidades una tristeza ineludible. En *Sobre la esencia de la libertad humana* (1989), Schelling le atribuye una tristeza fundamental, la cual la provee de un sombrío fundamento en el que se sustentan tanto la conciencia como el conocimiento. Asimismo, Steiner le confiere a este oscuro origen la base de todo proceso mental y percepción, por el cual: “El pensamiento es estrictamente inseparable de una “profunda e indestructible melancolía” (Steiner, 2007: 11). Entonces la existencia humana debe forzosamente enfrentarse a la experiencia de la melancolía y preguntarse por su capacidad vital para sobrellevarla. De esta forma el entristecimiento inherente a la vida del intelecto queda íntimamente vinculado con la imposibilidad del hombre para proporcionarse una felicidad inocente.

Ahora bien, en *Fahrenheit 451* (2004), Bradbury nos plantea un mundo desolador en el que los libros son condenados a desaparecer. Nos propone pensar un universo donde la conciencia de la tristeza que conlleva el ejercicio de pensar ha llevado a los hombres, en vez de reponerse de la melancolía y disfrutar vitalmente de la libertad que provee el pensamiento, a subsumirse en una sociedad censora de los libros y sus lectores, dado que estos fomentan la reflexión y por lo tanto podrían derivar en tristeza. Los libros, los mayores depositarios de toda la cultura humanista, generadores de conocimiento, posibilitadores de reflexiones y juicios críticos, los principales creadores y transmisores de pensamiento, son quemados y destruidos porque impedirían que los hombres puedan ser de forma artificial, constantemente felices. Es por medio de esta inversión simbólica que vemos transformarse a los libros,

en objetos merecedores de ser abyectados de la sociedad. Y el mecanismo de abyección con el cual son expulsados es el fuego, con la colaboración de los cuarteles de bomberos, dispuestos a incendiarlos. Sin embargo, más allá del mundo distópico bradburiano es interesante destacar que estos suelen ser los argumentos solapados de los sistemas totalitarios que quieren manipular al hombre, dejándolo en un estado de vacío e inmerso en una tristeza aun mayor que la que le produciría la lectura y la producción de pensamientos que la misma acarrea. Leer es crear mundos, es convertir las palabras en “realidades” y por lo tanto por más que ciertas reflexiones lleven a la melancolía, como propone Steiner, el hombre debe hallar la motivación vital para sobreponerse. Pero claro, la felicidad inocente no es posible y la conquista de una potencial felicidad consciente conlleva un camino de valentía y fortaleza que el hombre debe emprender, no sin arduos esfuerzos.

Montag (personaje principal de la novela) se cuestiona el camino que está recorriendo y sus consecuencias: “Tiene que haber algo en los libros, cosas que no podemos imaginar para hacer que una mujer permanezca en una casa que arde. Ahí tiene que haber algo. Uno no se sacrifica por nada” (Bradbury, 2004:54). Se pregunta por el vacío que empieza a abarcarlo: “¿Cómo se consigue quedar tan vacío?, ¿Quién te vacía?” (Bradbury, 2004:54). El sabe que: “...el hombre ya no dispone de todo ese tiempo para pensar mientras se viste, una hora filosófica y, por lo tanto, una hora de melancolía.” (Bradbury, 2004:66). Montag no ignora que lleva su felicidad como una máscara, que no se siente feliz ni es feliz y paulatinamente empieza a percatarse de su pertenencia y funcionalidad a un universo totalitario, despótico. En un encuentro que tiene con Clarisse, la joven que aún pretende pensar, ella le pregunta: “¿Es usted feliz?” y él le replica “¿Qué si soy qué?” (Bradbury, 2004:20). *Fahrenheit* plantea la extrapolación de un sistema tiránico imaginario en donde ha ocurrido lo “peor que podría ocurrir”, representa un infierno futurista en el cual la forma de vida más desdichada y temida se reproduce. Esta sociedad distópica del futuro nos revela imágenes decepcionantes de un porvenir que se asemeja mucho a sistemas dictatoriales que han sido parte de nuestra historia, y en donde la tecnología esta puesta a disposición de la dominación: Beatty expresa:

No es *extraño* que los libros dejaran de venderse (...) No era una imposición del Gobierno. No hubo ningún dictado, ni declaración, ni censura, no. La tecnología, la explotación de las masas y la presión de las minorías produjeron el fenómeno, a Dios gracias. En la actualidad, gracias a todo ello, uno puede ser feliz continuamente... (Bradbury, 2004: 67-68).

Observamos entonces una alienación del hombre de la mano de la distopía, un estado que pretende en primera instancia el control y en segunda la abolición total del pensamiento. En estricta relación con lo anteriormente dicho Steiner plantea:

Esto hace pensar en el modelo de ciencia ficción de una sociedad en la cual el pensamiento estuviera racionado. En la cual estuviese autorizado solamente determinadas horas y días, y donde estas raciones fuesen distribuidas con arreglo a la capacidad mental y al poder de concentración individuales. Un despilfarro de pensamiento sería considerado como vandalismo o algo peor. (...) ¿Por qué no regular el infinitamente valioso suministro de pensamiento, preservándolo del despilfarro y la inflación? Es ciencia ficción, claro. Sin

embargo, los intentos en esta dirección ¿no son el núcleo de los sistemas totalitarios, de las ideologías despóticas, sean religiosas o políticas? En el corazón mismo de la tiranía existen esfuerzos por racionar el pensamiento, por constreñirlo a lo permitido; existen canales restringidos. El pensamiento anárquico, juguetón, despilfarrador es lo que más temen los regímenes totalitarios. La utopía de la censura es leer no solamente el texto, sino los pensamientos que subyacen a él. De ahí el tropo orwelliano de una “policía del pensamiento” (Steiner, 2007: 46-47)

El fuego de la abyección

El significativo lugar de los libros en *Fahrenheit 451* nos permite por lo tanto, teniendo en cuenta la noción de lo abyecto desarrollada por Julia Kristeva, pensar en el libro como lo abyecto, pensar en cómo siendo un elemento constitutivo de la sociedad y el sujeto, en este caso, a través de una sociedad totalitaria, requiere/impone ser incendiado, expulsado, haciéndolo ocupar la zona de lo que perturba la identidad, el sistema, el orden, etc. En esta inversión simbólica futurista, el libro, el mayor emblema depositario de la cultura humanista, se convierte por la mirada distópica representada por Bradbury, en todo lo contrario, en el destinatario de lo abyecto y al que hay que purificar por medio del fuego. Es decir, los libros activan el mecanismo de abyección de la sociedad totalitaria, son los que deben ser quemados, transformados en cenizas. Y con este propósito surgen los bomberos incendiarios, que de la mano del fuego provocan la quema de: casas, libros e incluso personas que defiendan la lectura y todo lo relacionado con la libertad de expresión y pensamiento.

Si consideramos el punto de vista psicoanalítico, se evidencia que la noción de abyección pone de manifiesto un mecanismo básico en la conformación subjetiva, dado que delimita los elementos que deben quedar afuera de la constitución del yo. Julia Kristeva en *Poderes de la perversión* (2004) desarrolla esta noción y considera que:

Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable. Allí esta, muy cerca, pero inasimilable. Eso solicita, inquieta, fascina el deseo que sin embargo no se deja seducir. Asustado se aparta. Repugnado, rechaza. (...) un polo de atracción y de repulsión coloca a aquel que está habitado por él literalmente fuera de sí. (Kristeva, 2004: 7).

Es decir que lo abyecto es un objeto caído, excluido, que simultáneamente nos atrae. Es algo rechazado de lo cual no nos separamos, aquello que perturba la identidad y el orden, lo que no respeta límites, reglas y amenaza constantemente con su retorno. Entonces, si hacemos uso de estas nociones como viables categorías analíticas, podemos pensarlas en relación a los libros y el fuego. En el caso de *Fahrenheit*, podría situarse al libro en el espacio de lo abyecto, dado que constituye un objeto surgido del sujeto, abyectado de sí, que, dadas las características particulares de la sociedad imaginada por

Bradbury, debe ser eliminado. Entonces personajes como los bomberos se encargan de expeler, eyectar, quemar los libros, objetos indeseados, nacidos de los hombres, que no pretenden conservar ni reconocer como parte de sí mismos, ni como parte de su cultura, y que amenazan con perturbar un orden ya establecido de manera rígida y autoritaria. Asimismo, los libros (y no solo los objetos-libros, sino también los hombres-libros), se las ingenian para permanecer en la sociedad; al igual que lo abyecto en otros terrenos, no pueden ser verdaderamente erradicados y perduran en las afueras de la frontera. Más allá de los controles y castigos que esta sociedad particular trata de sostener a través del miedo y de la manipulación (como por ejemplo los inmensos televisores en forma de pared, radios y demás medios pensados para la alienación y anulación de los sentidos), los libros logran permanecer escondidos para luego irrumpir en el momento en que les sea posible. Los bomberos, encargados de llevar a cabo el mecanismo de abyección dispuesto por la sociedad, perciben que lo abyecto, en este caso los libros y especialmente sus lectores, no pueden ser definitivamente borrados, saben que continúan detrás de las fronteras pugnando por reaparecer.

Desde una perspectiva sociopolítica, la abyección designa qué debe ser abyectado de la constitución social, es decir que determina qué es lo aceptable y qué no lo es. La propia cualidad de elementos abyectos los dota a estos de un poder subversivo dentro de la constitución social, posibilitando un cuestionamiento de los límites entre lo admisible y lo inadmisible en las sociedades y naciones. Cuando la sociedad realiza la acción de expeler “lo otro” (que a su vez continua existiendo afuera de las fronteras) de sí mismo, se genera una constante amenaza de disolución de la misma unidad social. Lo abyecto tiene por lo tanto, un potencial político ya que genera una resistencia al orden en ambos terrenos: el psicoanalítico y el socio-político. Resistencia al orden que se ve reflejada en el personaje de Faber que conserva y oculta los libros más allá del miedo, y en los hombres-libros que eligen memorizar obras aunque ello les exija permanecer expulsados de la sociedad. Sin embargo la figura de Beatty funciona como contrapunto a la resistencia al orden, el capitán de los bomberos es un sujeto instruido que utiliza las citas de escritores diversos como argumentos de autoridad, esgrime una gran capacidad retórica para intentar mantener a Montag del lado de los incendiarios de libros. En este sentido Beatty comenta:

Cada hombre, la imagen de cualquier otro. Entonces, todos son felices, porque no pueden establecerse diferencias ni comparaciones desfavorables. ¡Ea! Un libro es un arma cargada en la casa de al lado. Quémalo. Quita el proyectil del arma. Domina la mente del hombre. ¿Quién sabe cuál podría ser el objetivo del hombre que leyese mucho? (Bradbury, 2004:68)

La alteridad de los libros

El concepto de alteridad en la ciencia ficción ha sido pensado en varias oportunidades como instrumento para observar los funcionamientos internos de la sociedad, los cuales suelen resultar difíciles de formular de otra manera. Por ejemplo en *Fahrenheit* son innegables tanto las resonancias del

macartismo como las conexiones con diversas situaciones históricas y culturales de los EEUU. Es destacable a su vez, que este mundo del futuro es producto de un proceso democrático populista, en el que la gente había decidido abandonar la lectura por sí misma, confiriéndole luego al Estado la responsabilidad de hacerse cargo de esta situación, decretando como ley la censura de los libros y su posterior quema. A través de este universo de ciencia ficción Bradbury manifiesta su temor a que los hombres pierdan el interés por la lectura y simultáneamente revela su preocupación ante el deterioro progresivo de los variados matices de la subjetividad humana.

Por lo tanto, los libros en la sociedad de *Fahrenheit*, dado que se ha establecido una inversión simbólica de valores, se transforman en aquello “otro” que debe ser eliminado, son vistos entonces como alteridad, aquel objeto “otro” surgido del individuo, que debe ser eyectado, expulsado, para poder constituir sujetos manipulables y fácilmente controlables. Por otra parte lo abyecto, al generar un efecto de fascinación en el hombre y al mantener su permanencia latente fuera de las fronteras, lleva al sujeto a revelarse y re-vincularse con lo “abyectado”, en este caso los libros.

Montag, que comienza a transitar el camino de la alteridad y a cuestionar su lugar de incendiario, se pregunta por las formas en las que fueron escritos los libros, piensa en los hombres que estuvieron o están detrás de esas palabras, se siente atraído por ellos: “Quizás algún hombre necesitó toda una vida para reunir varios de sus pensamientos, mientras contemplaba el mundo y la existencia, y, entonces, me presenté yo y en dos minutos, ¡zas!, todo liquidado.” (Bradbury, 2004:61)

Como sugiere Link en *Escalera al cielo: utopía y ciencia ficción* (1994), hay una fascinación por el “otro” y los “otros” en la ciencia ficción y esto conforma la constitución de las subjetividades. Es así que lo abyecto que es a su vez la otredad, fascina y repele, es una pulsación entre deseo y rechazo. Leer en *Fahrenheit* es entonces transformarse en la alteridad. Poseer libros significa contribuir al retorno de aquello que la sociedad intentó colocar en el lugar de lo abyecto, aquello que surgió del hombre e intenta volver a él. Lo que es abyectado es excluido de forma violenta pero nunca se disipa totalmente, la dinámica de la abyección rechaza aquello que el “yo” juzga como ‘otro’ para poder así constituir sus bordes pero nunca logra desvanecerlo.

El retorno de lo abyecto

Concluimos entonces que: lo abyecto no puede ser eliminado íntegramente, retorna, y como los libros y los pensamientos no puede ser desaparecido aun siendo incendiado. Tanto lo abyecto como lo indeseable no pueden ser apartados permanentemente y regresan desde esa frontera, límite, o borde en el que se encuentran. Este abyecto del que junto Montag todos los lectores no cesamos de separarnos, se constituye en palabras de Kristeva en: “una *tierra de olvido* constantemente recordada.” (Kristeva, 2004: 16-17). A su vez, la abyección es ambigüedad, dado que aunque aleja y separa del sujeto aquello

que lo amenaza, simultáneamente lo instala en el continuo peligro de su retorno. Los libros en tanto temidos y rechazados, en tanto otredad abyecta, son quemados; y por medio de la dinámica de la abyección y su fuego devastador son separados y llevados detrás de las fronteras. Sin embargo, los hombres-libros (en quien luego Montag se convertirá), permanecen detrás de los bordes de la sociedad esperando el momento en que puedan dar a conocer los pensamientos plasmados en las obras que han memorizado.

Por su parte Kristeva analiza la abyección como estructuración de la subjetividad, para indicar reflexiones sobre los tiempos que vivimos, propensos a rechazar la confrontación de lo abyecto. Según la autora, cuando el mundo objetivo colapsa, lo abyecto retorna y en estas condiciones puede producirse un quiebre de lo “otro” y del mundo. Quiebre que observamos en Montag, cuando logra generar sobre sí mismo una nueva inversión de valores simbólicos, para pasar a apreciar la libertad de pensamiento, la lectura y la escritura, cuando logra por fin valorar la obra impresa u oral y sus resonancias y diálogos entre los hombres a través del tiempo. Él nos dice, ya subsumido por las virtudes alcanzadas en su recorrido y búsqueda desde las inmediaciones de la naturaleza que:

El sol ardía a diario. Quemaba el Tiempo. El mundo corría en círculos, girando sobre su eje, y el tiempo se ocupaba en quemar los años y a la gente, sin ninguna ayuda por su parte. De modo que si él quemaba cosas con los bomberos y el sol quemaba el Tiempo, ello significaría que todo había de arder. Alguno de ellos tendría que dejar de quemar. El sol, no, por supuesto. (Bradbury, 2004:151-152).

La ciencia ficción se pregunta por la vida y por sus posibilidades, por eso los hombres nos vemos reflejados en el universo en ella constituido. Por lo tanto, podemos decir con Bradbury que tenemos el arte para que la verdad no nos mate, y junto a Montag que comprendemos finalmente: “... que hay un tiempo para todo, una época para derrumbarse, una época para construir. Una hora para hablar y otra para guardar silencio...” (Bradbury, 2004:174).

Bibliografía

Borges, Jorge Luis, “La metáfora” en Rev. de Psicoanálisis, 2006, LXIII, 3, (conferencia de 1978).

Bradbury, Ray, Fahrenheit 451. Buenos Aires, Plaza Janés, 2004.

Bradbury, Ray, “Tenemos el arte para que la verdad no nos mate” en Zen en el arte de escribir, Minotauro, Barcelona, 2005.

Kristeva, Julia. Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2004.

Link, Daniel. (comp.). Escalera al cielo. Utopía y ciencia ficción. Buenos Aires, La marca, 1994.

Schelling, F.W.J. Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionados, Madrid, Anthropos, 1989.

Steiner, George. Diez (posibles) razones para la tristeza de pensamiento, México, Siruela, F.C.E, 2007.